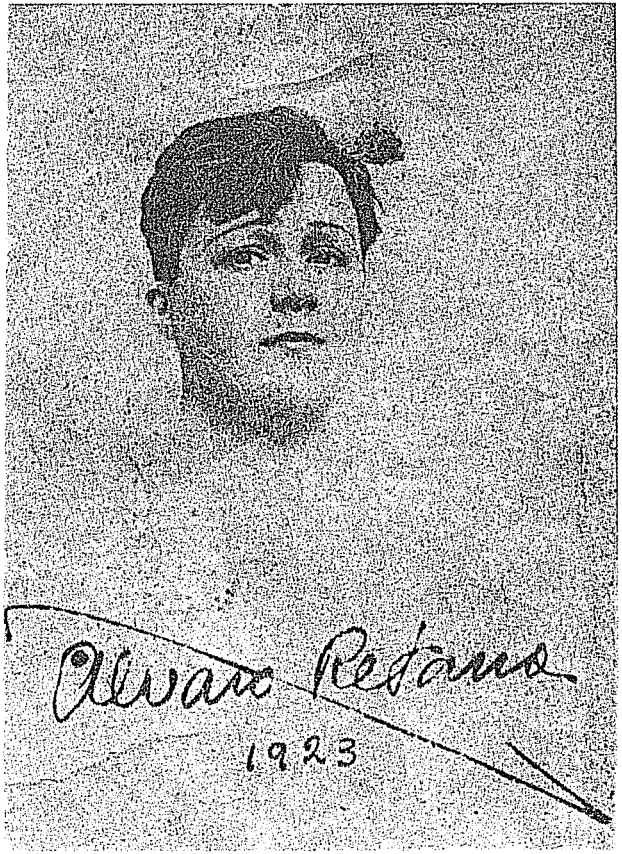


Alvaro Retana

1923

La Novela de Hoy

50 ctms.



FLOR DEL MAL POR ALVARO RETANA

LA NOVELA DE HOY

DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: Mendizábal, 42.—Teléfono 24-53 J.—Apartado 473.

Año III || Madrid, 23 de Mayo de 1924 || Núm. 106

FLOR DEL MAL

NOVELA POR

ALVARO RETANA

Ilustraciones de GUILLÉN

NÚMERO EXTRAORDINARIO

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1924

LEA USTED

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATIRICA

Director: **ARTEMIO PRECIOSO**

MUCHAS GRACIAS

es el periódico más ameno y más leído de España.

MUCHAS GRACIAS

cultiva en sus páginas todos los matices de la sátira.

REDACTORES Y COLABORADORES

Julio Camba, Muñoz Seca, Luis de Tapia, Juan Pérez Zúñiga, Eduardo Zamacois, «El Caballero Audaz», Alberto Insúa, Emilio Carrère, Joaquín Belda, Fernando Luque, «Juan Ferragut», Fernando Mora, Alfonso Vidal y Planas, Mariano Benlliure, «Kurro Kastañares», Mariano Tomás y otros.

DIBUJANTES

Ribas, Tovar, «Sirio», «K. Hito», Robledano, Penagos, Díaz Antón, Baldrich, Ochoa, «Demetrio», Pellicer, Linaje, Garrido, Bellón, Bon, Alonso y otros.

MUCHAS GRACIAS

justifica su título, y su precio es el de

TREINTA CENTIMOS EJEMPLAR

A MANERA DE PROLOGO

Al Infierno en tren-botijo.

Hoy sorprendo al novelista en el comedor de su casa, arrodillado ante un cajón de botellas, que él va sacando para colocarlas sobre la mesa.

Con la cabeza pelada al cero—como todos los veranos—y su batín de satén gris, ribeteado de trencilla azul, Alvaro Retana parece un tenderito de ultramarinos estilizado, desembalando el último envío destinado a surtir la tienda.

—No me esperaba usted, ¿verdad?—pregunto al joven escritor.

—No—responde Alvaro—. Siempre me pilla usted de sorpresa.

Luego, mostrándome orgulloso, con infantil contento, la etiqueta de una botella, me dice, atropelladamente:

—Mire usted: "Coñac Alvaro Retana". Con mi retrato y todo. Lanzado por una Casa de Sanlúcar de Barrameda, una de las mejores productoras de vinos, famosa en toda España y en el Extranjero. Esa Casa, que tanto honra al pabe-

llón hispano con sus productos, es la creadora de la estupenda manzanilla La Dogaresa, *el amontillado fino* El 44 *y el célebre coñac* Tres Brillantes. *Fíjese usted qué postín, Artemio. Soy el primer novelista español que tiene coñac de su nombre, y ahora mismo voy a pillar una cogorza como la del padre Noé. Le invito a compartirla.*

—¡Oh, no, Retana! Muchas gracias.

—¡Vamos, hombre! Anímese. ¿Por una vez quién lo va a saber? Además, le comunico que dentro de un rato vendrá a pillar otra jumera *la princesa Raffalovitch.*

—¿Quién es esa señora?

—Una dama muy popular en París por la generosa protección que dispensa a los artistas jóvenes y a la cual estoy sumamente agradecido. La princesa Raffalovitch fué quien me regaló esta pianola hace tres años y quien durante su permanencia en Inglaterra me ha estado remitiendo positivos obsequios. Es una gran admiradora de mi literatura, y es tan inteligente como hermosa. Durante sus estancias en Madrid se aloja en el Palace y me frecuenta asiduamente. La espero un poco teatralmente porque a ella la divierten mis excentricidades, y después de merendar me llevará en su "auto" a exhibirme en la Castellana como un monstruo fantástico.

—¿Me admiten ustedes a la excursión?

—De ninguna manera—proclama Retana—. Usted es una persona demasiado sensata para alternar con nosotros, que estamos ligeramente desequilibrados.

—Pero ¿no había usted presumido siempre de íntegro y virtuoso?

—Eso era antes. Cuando era un chiquillo inexperto y me asustaba de todo. Ahora la vida me ha hecho comprender que lo más admirable es no asustarse de nada y caminar valientemente en pos de un más allá, reñido en todo con la ética burguesa y anticuada. He jugado tanto con el fuego que me he abrasado en sus llamas y fatigado de poner cátedra de moral privada, voy a entregarme lealmente en poder de Satán. Iré al Infierno aunque sea en tren-botijo, aburrido de la monotonía de mi existencia irreprochable.

—¿Y aquellas protestas de inocencia? ¿Y aquellos cantos al deber?

—Me he quedado afónico y hago señas a Lucifer para que me conduzca a sus dominios.

—¿Tanto le atraen las calderas de Pedro Botero?—pregunto, colocándome a tono con el delicioso humorista.

—No tiene usted idea—contesta Retana—. Después de meditado mucho, he pensado explotarme antes de que el tiempo me marchite. Hoy me reconozco todavía suculento. No soy precisamente un bocadillo de foie-gras; *pero, ¡vamos!, juzgado como artista eminente, soy el más confortable de todos, justifico la antropofagia; así es que, después de haberme rehusado en broma,*

a todo el mundo voy a entregarme en serio, a quien me presente un programa tentador. Voy a convertir mi corazón en un "cine" dominguero... ¡Pasen, señoras, pasen!

—Es usted original.

—¡Liquidación por fin de temporada!—exclama Alvaro, riendo alegremente—. ¡Gran rebaja de precios, antes de emprender definitivamente la marcha a los Infiernos!

—¡Qué buen recibimiento le van a hacer allí!

—¡Ya me lo imagino!—dice el genial artista, abriendo una botella, con infantil regocijo, de "Coñac Retana" y ofreciéndome una copita.

—Todos los ilustres generales que destruyeron las ciudades y aniquilaron los ejércitos, en los tiempos antiguos y modernos, las grandes cortesanas, los pecadores de postín, saldrán a recibirme a la estación. Preveo que así como en el Cielo sólo deben encontrarse personas muy aburridas, el Infierno debe de estar nutrido de gente muy amena. Emperatrices de leyenda, monarcas fabulosos, artistas sublimes de todas las edades deben estar allí tostándose fraternalmente y en espera de nuevos camaradas. Heliogábalo, Nerón, Catalina de Rusia, Napoleón, el marqués de Sade, "la Fornarina"... Se debe de estar en el Infierno como en la Gloria.

—He observado que en casi todas sus novelas los principales personajes son siempre rubios.

—Es que tengo la obsesión del pelito rubio.

No siento la belleza morena, a pesar de que mi actual esposa tiene el pelo negro. Todas mis grandes pasiones y mis extravagancias tuvieron por origen una cabecita rubia. El detalle de que una persona tenga el pelo rubio me predispone en su favor. No podría explicarlo; pero lo cierto es que el pelo rubio despierta en mí ideas apacibles y me hace razonable.

—¿Es original esa obsesión?

—Como también se habrá usted fijado—dice Alvaro, que paladea orgulloso el coñac—en lo excesivamente que se repiten en mis novelas determinados nombres, sin que tampoco pueda yo explicar la causa. Mis nombres favoritos de mujer son: Margarita, Gloria, Minette, Anita y Lina. Se ha dado el caso de que yo haya amado a algunas nombres.

—También es curiosa esta obsesión.

—Lo confieso: yo no podría negar nada a una muchacha que se llamase Gloria o Margarita.

—¿Qué vicios detesta usted más?

—Todos me parecen respetables, siempre que no perjudiquen a un tercero. Pero detesto, naturalmente..., ¡los que no tengo!

—¿Cuál es para usted la virtud más admirable?

—La de saberse conformar con no tener ninguna.

—¿Cuál es su tipo preferido de mujer?

—Hasta ahora lo fué la tobillera. Pero ne rectificado, y ya no concederé mi amor a ninguna

hija de Eva como no haya cumplido los cuarenta. A esta edad es cuando las mujeres empiezan a ser verdaderamente razonables y sugestivas y hasta poseen automóvil.

—¿En qué ciudad de España viviría usted más a gusto?

—Adoro a Madrid y estoy muy contento de la gentileza y simpatía de sus habitantes; pero mi ideal sería poder vivir en Barcelona. Cada vez que pienso en la Ciudad Condal se me ensancha el corazón. En Barcelona tengo enterrada a mi madre, y en Barcelona he vivido los capítulos más emocionantes de la novela de mi vida.

—Y ahora—interrumpo al pintoresco novelista, que acaricia embelesado las botellas de coñac de su nombre—, ¿sería usted capaz de contestarme a una pregunta en serio?

—¡Naturalmente!—afirma Alvaro.

—¿Qué opina usted del divorcio?

—Que sería el mayor error que podría cometer un Gobierno en España. El divorcio es una inmoralidad social, una hipótesis inadmisibe para quien, como yo, admire y respete la santidad del matrimonio. No tiene nada que ver que yo, como escritor, cultive teorías pintorescas, sin otra trascendencia ni propósito que los PURAMENTE LITERARIOS Y PARA DIVERTIR A MI PÚBLICO, *para que, como ciudadano, piense distintamente a como escribo. No soy partidario del divorcio, como no lo soy de conceder el voto a las mujeres. La misión femenina es confinarse en el hogar, fortalecida en la religión, y dejar a los hombres devorarse cordialmente.*

La mujer debe ser casta y recogida, pensando únicamente en venerar a sus maridos, a sus padres, a sus hijos y a sus hermanos, y cuando se aparte de este programa, para convertirse en heroína de novela de Retana, la mujer pasará a convertirse en una cosa abominable. Para mí, las mujeres más admirables son aquellas que yo no puedo retratar en mis libros.

—Es usted paradójico. Le encuentro desconocido.

—Quizás porque sea ahora la primera vez que le haya hablado a usted en sério y como verdaderamente pienso.

Y Alvaro Retana, con un gesto muy grave, que desentona extrañamente de su ambiente artificioso y perverso, me entrega sus retratos y da por terminada nuestra conferencia.

Suena el timbre, y una mujer bellísima, a pesar de que ya no cumplirá los cuarenta, penetra en el salón envuelta en la fragancia de un perfume desconocido que sacude mis nervios.

¿Será la célebre princesa?...





FLOR DEL MAL

I

El sobre, grande, malva, intensamente perfumado con ámbar de Coty y con mi dirección trazada en rasgos firmes, gigantescos, destacábase entre las quince o veinte cartas que el criado acababa de colocar sobre mi mesa de trabajo; pero yo, en vez de rasgarlo en seguida, preferí reservarlo para el final.

Las primeras cartas que abro son siempre aquellas cuya procedencia adivino por la letra o por el membrete, y dejo para lo último cuantas pueda yo sospechar portadoras de una emoción.

Cuando un novelista libertino disfruta de una popularidad tan singular como la mía, el correo le favorece con una serie de epístolas cuya reproducción constituiría un volumen más alarmante y sugestivo que la más disparatada de sus producciones.

Esas citas de amor, peticiones de autógrafos, fotografías y libros, anónimos procaces conteniendo los más fantásticos insultos o simplemente desahogos de admiradores desocupados, son el postre espiritual con que yo me regalo diariamente a la conclusión del almuerzo, mientras mi mujercita interpreta en la pianola la Quinta Sinfonía de Beethoven o un cuplé de Raquel.

Aquella carta, procedente de Gibraltar, malva, desmesurada y atrayente con su fragancia y la altivez de las letras enormes y picudas, desconocidas para mí, era de una mujer: una mujer intrépida que se había arriesgado a escribirme lo siguiente:

"Sr. D. Alvaro Retana.

"Como no hay ocasión de que nadie me presente a usted, lo hago yo directamente. Y desde luego, al escribirle es porque me gustaría que me atendiese. Si todas las preguntas merecen una respuesta, todas las cartas tienen una contestación.

"No voy a pedirle ningún favor material ni a dispararle una declaración amorosa, entre otras razones porque estoy acostumbrada a que me las hagan; pero tampoco puedo suplicarle que me cuente entre sus múltiples admiradoras, *en ningún sentido,* pues físicamente sólo le conozco por sus retratos, de los cuales no me fío, y solamente he leído su novela grande *La carne de tablado* y algunas cortas, entre ellas *Mi novia y mi novio.*

"Sin embargo, debo decirle que le escribo para pedirle algo, y ese "algo" es su amistad. ¿Es mucho pretender tal vez? Yo le ofrezco la mía sincera y desinteresada. No tema usted al idilio epistolar. Y para su tranquilidad sepa que yo no soy ningún *feto.*

"Esto se lo hago saber porque como decía usted muy bien en uno de los prólogos de La Novela de Hoy, "la belleza es una gran despertadora de simpatías".

"Y ahora, Alvarito, tiene usted la palabra.

"Suya afectísima

Gloria Fortuny."

Aquella epístola, leída en último lugar, fué la primera que yo contesté ese día, en los siguientes términos:

"Para Gloria Fortuny:

"Me parece perfectamente absurdo que solicite mi amistad una criatura que empieza por confesar que no me admira en ningún sentido; pero, en fin, como yo vivo en la incongruencia tan cómodamente como el pez en el agua, puedes contar con mi amistad, si en verdad vienes a mí animada de cordiales deseos. Después de todo, pareces una mujer inteligente, y esto hace perdonable la impertinencia de dirigirte a mí en la forma que lo has hecho.

"Lamento que el prurito de aparecer original

y extraordinaria te haya hecho incurrir en el pecado de incorrección. Se puede ser una mujer su-



perior y dedicar una galantería al novelista cuya amistad se solicita. Yo estoy acostumbrado a que

las personas desconocidas que se dirigen a mí, lo hagan prodigándome los más apasionados adjetivos; pero no me disgustaría que alguien solicitase mi atención correcta y seriamente. Tu actitud me contraría. No es la mejor manera de interesarme adoptar una "pose" agresiva. Ese procedimiento sólo da resultado en las operetas vienesas.

"Te envío, sin rencor, mis últimos retratos dedicados y te agradecería me enviases el tuyo.

"Queda a tus pies tu nuevo amigo

ALVARO."

II

La segunda carta de Gloria fué más cordial que la primera y estableció una intimidad espiritual entre nosotros, que yo nunca hubiera creído posible recordando la forma en que ella se había dirigido a mí.

Poco a poco la tarasca dulcificóse y prescindiendo de toda afectación lograba interesarme franqueándose conmigo:

"Lo que tú juzgaste impertinencia—me escribió ella en cierta ocasión—y que pudo haber malogrado nuestra amistad, no fué sencillamente sino mi deseo de mostrarme ante ti sin velos ni tapujos. Yo no quería ser confundida con una buscadora de emociones, deslumbrada por el es-

pejuelo de tu fama o tus cacareados esplendores físicos.

"Yo aspiraba a conquistar al ciudadano particular, soñado por mí como un hombre inteligente y simpático; pero sin la aureola que tú mismo te has creado, a fuerza de retratos y de prólogos.

"Tu mala fama está bastante justificada por tus extravagancias y tus trucos, ya que muchísimos autores cultivan una literatura parecida a la tuya y carecen de ese prestigio depravado que te hace apetitoso para tantísimas personas. Yo, sin embargo, veo en ti a un burguesito encantador, ansioso de escapar al suplicio de una existencia artificiosa, inventada y sostenida para engañar a los papanatas, y me agradaría ser la mujer que viviese contigo la verdadera realidad, lo que tú sientes, que no es lo que tú escribes, ni lo que la gente presume.

"Yo no he escrito nunca a nadie como a ti. Si me preguntas el motivo, te diré que exactamente no lo sé. Quizás simpatías instintivas o la vanidad de ser estimada por un artista de tu renombre. Lo innegable es que me inspiras ya un afecto y una confianza que me anima a confesarme contigo y a desear abrazarte personalmente.

"Quizás lo haga muy pronto, porque el hombre con quien vivo prepara un viaje a China, y antes de abandonar España por una larga temporada iré a despedirme de unos parientes que tengo en

Barcelona y nos detendremos en Madrid algunos días.

"Sentiría que mi presencia te defraudase, porque yo, querido Alvarito, no soy una guayaba de las que a ti te gustan. No te digo mi edad por no desanimarte, aunque te garantizo que soy bonita, muy bonita, y, maquillada, con mis joyas, mis pieles y mis trapos, puedo colgarme de tu brazo sin exponerte a que te reprochen ir acompañado de una vieja.

"Te hago gracia de contarte mi infancia—bastante lejana por cierto—, ni te hablaré de mi familia, entre otras razones porque me considero muerta y no debo recordar nada anterior a mis diez y nueve años, época en que dejé de ser una señorita honorable.

"He tenido varios amantes; pero esto no creo que me haga desmerecer ante tus ojos, máxime cuando te diga que no he sido infiel a ninguno y que paso por mujer casada con más propiedad y respeto que muchas que efectivamente lo son y no respetan al marido ni se respetan a sí mismas.

"Mi actual amante es un inglés riquísimo, dedicado al negocio de te, que a veces emprende unos viajes repentinos y prolongados que me dejan durante algunas semanas en una fastidiosa soledad que alivio a fuerza de lecturas. Desde hace un año residimos en Gibraltar; pero también hemos vivido en Barcelona y en Madrid. Es generoso, amable y nos hemos querido mucho. Y

hablo en pretérito porque desde hace tiempo, aunque no tengo motivos, dudo de él... y de mí misma. Te aseguro que en medio de la opulencia en que vivimos, mi vida no es muy agradable, y hasta hay ratos en que me considero verdaderamente desgraciada.

"Yo, que tengo un corazón enorme, pero un cerebro más grande todavía, me amargo la existencia porque analizo las cosas más insignificantes y me empeño en guardar un equilibrio que, por mis años y mi situación, no estoy obligada a mantener.

"Mi gran consuelo es escribir. Sufro el veneno de la literatura y confecciono unas novelas arbitrarias que quizás te remita para que te hablen de mí misma mejor que yo pudiera hacerlo. Cuando examines estas producciones verás que invariablemente nunca hay un protagonista. Es siempre una aventurera la que derrocha en mis cuartillas una existencia de exaltación y de locura. Vivo en mi literatura la vida que no puedo vivir en la realidad. Oscar Wilde protestaba de aquellos que hacen cien ediciones de su corazón. Yo he hecho mil de una existencia extraña y caótica, múltiple y absurda, a la que constantemente me veo obligada a renunciar.

"He nacido para la aventura extraordinaria e imposible, para el eterno salto sobre el abismo; me atrae lo nuevo, lo raro, lo complicado, lo maravilloso. El Pecado me tienta. No me creo mejor

que las demás mujeres, pero sí me creo distinta. Mi imaginación, siempre vibrando, descubre en los gestos más puros y sencillos, en las actitudes y en las cosas más vulgares, nuevos motivos de excitación para mi sensibilidad. Y, por mi constante renunciación a todo lo que no es *lo corriente*, soy como una enferma que, en las largas noches de fiebre, sueña lo que haría si tuviese salud. La imposibilidad muerde el espíritu con sus gritos imperativos, y la imaginación agranda la realidad hasta límites nunca pensados ni sospechados. Adivina más felina y más honda la gracia masculina, da a cada gesto su más exquisito y depurado valor sensual y hasta las cosas se ofrecen como sexos abiertos para las manos que no pueden tomarlas.

"La vibración más honda de lujuria presenciada por mí no fué en un hombre sano, en pleno vigor físico, sino en un pobre criado nuestro que había ido a reponerse de la enfermedad que le aniquilaba a un pueblecito cercano a Gibraltar. Fuí a verle cuando el mísero estaba a punto de morir, y sentada al borde de su cama, comprendiendo imposible todo esfuerzo científico contra una naturaleza que acababa fatalmente y sin remedio humano, observaba aquellos ojos apagados que ya empezaban a levantar una punta del velo que oculta el más allá y a ver en lo que hay después.

"Una mujer, una de esas mujeres fuertes y sensuales que sólo saben dar los campos, pasó cer-

ca de los pies de la cama, silenciosa, quedamente dejando tras de sí un aroma a fruta sana, madura, en sazón. Y en los ojos vidriosos del que ya se iba para siempre, en aquellos ojos muertos, yo vi arder toda la lujuria de la Humanidad entera.

"Comprendo tu extrañeza, Alvaro. ¿Qué puede poner una barrera de imposibles entre la vida —te dirás—, entre toda la vida con sus abismos de atracción y sus divinos pecados de color de rosa y una mujer como ésta, independiente y amoral, constituída para el placer y constantemente atraída por todo lo que es vida y maravilla? ¿Qué causa puede ser suficiente para que una existencia ansiosa de derrocharse en un caudal de vida absurda y loca, se confine en el deber, respetando una unión ilícita como si hubiera sido santificada por la Iglesia?

"El secreto es que aun conservo incólume el tesoro de mi propia estimación y que me avergonzaría traicionar al hombre que me ha salvado de las vicisitudes de la vida galante y me ha concedido categoría de señora decente. Yo, que tengo tendencia al mal, no puedo ser ingrata con quien me impone el bien. Por eso al conocer tu novela *Mi novia y mi novio,* y apreciar tus sentimientos, comprendí que tú, como yo, no te entregabas al Vicio por miedo al Pecado, ni por temor a destruir una reputación ya bastante comprometida, sino *por ti mismo.*

"Esto me hizo simpatizar contigo y desear fervientemente ser tu mejor amiga para abrirte mi corazón de par en par comunicándote que existe una mujer que piensa como tú, y después de sentir tus inquietudes, tus tentaciones y tus desfallecimientos, sabe triunfar y salir impoluta de ese fango que encuentra seductor.

"La altivez de la resistencia es más fuerte en nosotros que la atracción del mal.

"Adiós. Yo, como Diógenes, también busco mi hombre, y sería curioso que ese hombre fueras tú.

"Te quiere

GLORIA."

III

Cuando Gloria Fortuny, después de unas semanas de insistente correspondencia en que uno y otro nos hicimos confidencias sensacionales, me anunció su viaje a Madrid. recibí la noticia con sincera alegría. Porque aquella criatura misteriosa y lejana, que se había negado terminantemente a enviarme fotografías suyas y de la cual sólo sabía yo que era culta e inteligente, había llegado a intrigarme con la actitud en que se colocaba.

"Yo no te ofrezco nada por ahora, pues sin contar con los centenares de kilómetros que nos separan, no son éstos el mayor obstáculo para una posible *entente cordiale* entre nosotros. Es inútil

que tú pretendas convertir en amor lo que yo quisiera fuese una noble amistad, mientras no nos hallemos frente a frente. Tú puedes resultar encantador por cartas y retratos y luego ser insoportable al tratarte personalmente.

"No te impacientes, nene. Aunque no soy una santa, tengo mi altar, y descendería de él si se postrase ante las gradas un devoto que acertara a conmoverme con sus oraciones.

"Soy un poco arisca; no me inquietan deseos morbosos ni comprendo cierta clase de repartos y aventuras. Quiero a un hombre, y mientras viva con él no podría entregarme a otro ni permitirle que él amase a otra persona que no fuese yo.

"¿Cómo puedes suponer que aspire a obtener algo de ti con toda tu vida y lo que hay en ella? Claro que las cosas cambian y puede que yo también cambie. Si este momento llegara y tú quisieses, serías, no lo dudes, mi primera ligereza. Pero hablar ahora de eso y prometerte nada equivaldría a engañarte, y yo soy incapaz de sorprender la buena fe de nadie.

"Seguramente dentro de esta semana me tendrás en Madrid. No te avisaré el día. Iré a tu casa cuando menos te lo esperes, porque si te avisase serías capaz de recibirme en una forma teatral, y yo deseo sorprenderte sin artificio alguno. Me atufa el humo del incienso y el éter me marea. Tus batines de satén negro con trencillas encarnadas me parecen intolerables. Quiero



hallarte sencillo, íntimo y desprovisto de tramoya, tan ingenuo y cordial como vaya a buscarte."

Y una tarde de enero, sobre las tres y media, Gloria Fortuny hizo su entrada en mi estudio para deslumbrarnos a los presentes con el prodigio de su hermosura, su elegancia y su fastuosidad.

Envuelta en la caricia de un abrigo de "petit-gris", y tocada con un sombrero de terciopelo negro coronado de "aigrettes", Gloria Fortuny parecía una figulina escapada del *Vogue* por la exquisitez del atavío y el "chic" de la actitud. Era una mujer de edad imprecisable que lo mismo podía tener veinte años que cuarenta, y al desprenderse de sus pieles, que ella abandonó con especial coquetería, apareció más admirable la ingravidez de la figura. El traje, de crespón negro, afinaba la gentileza de aquella criatura que tenía los serpenteos de la mujer tres veces mujer, y cuando se quitó el sombrero surgió la maravilla de su melena rubia, peinada como un paje. En el óvalo perfecto del rostro, maquillado certeramente, ardía la luz esmeraldina de los ojos, enormes, agrandados por el "kool", y la boca triangular, de labios finos y encendidos, sonreía mostrando la doble hilera de los dientes blancos, menudos y brillantes.

Se advertía inmediatamente que Gloria Fortuny no era una mujer joven; pero en ella la belleza

y la fragilidad se imponían al Tiempo, haciéndola parecer todavía apetecible como si tuviera veinte años. Se la hubiera podido llamar la Venus de las Perlas por la excesiva cantidad de ellas que caían sobre su pecho dando vueltas en torno al cuello, y lucía en las orejas dos solitarios magníficos que rimaban perfectamente con los brillantes fabulosos que enjoyaban sus manos.

A pesar del recargamiento de joyas, Gloria Fortuny no resultaba plebeya, y después de abrazarme cordialmente, la presenté a la concurrencia que aquella tarde había almorzado conmigo.

—Mercedes Fifí, la deliciosa cancionista; Pilar Nebra, la bella bailarina; Lina y Consuelo, dos honorables señoritas que vienen a encanallarse elegantemente con nosotros, y mis amigos Alfonsito, Manolo, Aurelio, César y Rafaelito.

—¡Y yo que esperaba sorprenderte en la intimidad!—exclamó Gloria con su timbre de voz dulcísima.

—¡Y lo has conseguido!—afirmé—. Ahora es cuando estoy en "mi elemento". Esta tarde mi mujer almorzaba en casa de su madre y yo he aprovechado su ausencia para organizar un ágape que hubiera sido perfecto si tú hubieses asistido a él. Dentro de poco—añadí—dará comienzo el aquelarre. Volaremos de dos en dos sobre una escoba hacia un diván propicio y sólo se aburrirán los que se asusten.

Los ojos de Gloria Fortuny centellearon vivamente y, con una sonrisa ambigua, preguntó:



—¿Pero no quedábamos en que tú eras fiel a tu mujer y en tu casa no se celebraban orgías?

—¡Gloria! ¡Qué cosas tienes! ¿Cómo voy a

decir públicamente otra cosa? Yo no le soy fiel a mi mujer—a pesar de lo mucho que la quiero—como tampoco le es fiel ningún otro marido a la suya; lo que pasa es que tengo el pudor de la infidelidad. En cuanto a mis bacanales, si bien no son cotidianas, la verdad es que se verifican y a las horas menos sospechables. Estas honradas hijas de familia y estos chicos que aun están bajo la jurisdicción paternal, estas simpáticas artistas que actúan por la noche, no pueden reunirse a otras horas, y por eso a la hora en que las personas decentes hacen su digestión, nosotros emprendemos la carrera triunfal hacia el Infierno.

Yo esperaba que mis palabras escandalizasen a Gloria Fortuny; pero ésta, a medida que yo hablaba, expresaba en su rostro una grata sorpresa.

Mis oyentes, ya habituados a mis trucos, cambiaban entre sí miradas de inteligencia, comprendiendo que yo me había propuesto horrorizar a la recién llegada; pero ésta, sin percatarse de mi intento, me escuchaba embelesada, examinando de reojo a Mercedes Fifí, tan incitante con su aspecto de colegiala libertina; a Pilar Nebra, más picante con su aire de sultana oriental; a Consuelito y Lina, algo banales, "muy muñecas de sociedad", y a Rafaelito, tan gentil e impecable, con el pelo tan rubio y ondulado que corona su rostro de "boy" inglés, a pesar de que ha nacido en la misma Sevilla; a César, con su gesto de desdén incorregible; a Manolo Rodríguez, cuya

belleza adolescente y equívoca contrasta tan notablemente con la reciedumbre varonil de Aurelio Vila, y a Alfonsito, que sigue tan infantil como en sus trece abriles.

Por casualidad aquella tarde habíanse congregado en casa cuatro chicas y cinco chicos de diez y ocho a veinte años, que hubieran merecido premio en cualquier certamen de estética, y Gloria, silenciosa, escuchaba a unos y a otros, preguntándose sin duda mentalmente qué clase de relaciones sostendría yo con aquella confortable gentuza.

A mí lo que más me desconcertaba era la facilidad con que Gloria familiarizaba con todos, y cómo, a pesar de sus protestas de respetabilidad, celebraba complacida las libertades de lenguaje de ellos y la pasividad con que algunas se dejaban besar por nosotros.

Yo descubría que a Gloria le agradaba aquel ambiente y además, ¡cosa rara!, que cuando dos parejas se pusieron a bailar estrechamente unidas, ella siguió con la mirada fija a los bailarines y se estremecía ligeramente cada vez que en una vuelta cambiaban un beso furtivo.

A las cinco de la tarde habíamos dado fin a dos botellas de manzanilla, una de *chartreuse* y dos de *champagne*, que yo quise descorchar para conmemorar la llegada de Gloria. El calor excesivo y los licores, combinados con la danza, las conversaciones picarescas y el deseo general de espantar a la Fortuny, habían obrado su efecto

y estábamos todos sumamente aturdidos, inflamados de ardores y de audacias que excitaban la sensibilidad de Gloria y provocaban en ella una extraña embriaguez.

—¿Sabes que tu intimidad es más pintoresca de lo que yo me imaginaba?

—¿Qué creías, que yo era como te decía en mis cartas? No soy tan malo como la gente me supone, ni tampoco tan bueno como yo me describo. Puesto a declarar si soy ángel o demonio, te diré que soy... humano. Ni tan santo para merecer un puesto en las regiones celestiales, ostentando unas alas color de rosa, ni tan perverso para instalarme en el Averno esgrimiendo un tenedor. Claro que puesto a elegir, me decidiría por el camino de la perdición, que es más ameno que el de la virtud.

—Me maravillas y me asustas.

—¿Hubieras preferido encontrarme como me imaginabas?

—No. Te prefiero así—me dijo Gloria con los ojos brillantes—. Luego, acercándose a mí, para que nadie la oyera, suplicó:—Yo quisiera que esta noche comiésemos los dos solos.

—No tengo inconveniente.

—Yo me marcho ahora mismo, porque tengo que hacer; pero a las nueve y media te espero sin falta. Me alojo en la Pensión Inglesa, Gran Vía, nueve.

Y arrebujándose en sus pieles, como una gata

friolera, abandonó el estudio con serpenteo felino, dejando tras de sí esa fragancia misteriosa de las mujeres "de novela".

IV

Al entrar en la habitación de Gloria creí desfallecer.

Gloria estaba tendida sobre un diván que ella había cubierto con una tela suntuosísima de un policromado orientalismo, y su vestido consistía en una túnica sin mangas, de muselina verde jade, tan ceñida a su cuerpo que la hacía parecer una extraña serpiente. Estaba sencillamente fantástica, jugueteando con sus collares de perlas y envuelta entre una nube de incienso que hacía irrespirable la atmósfera. Fragancias enervantes y para mí desconocidas convertían la estancia en un rincón de Oriente fabuloso, y para que la sensación fuera más teatral, telas extrañas y objetos exóticos mixtificaban la camareta, quitándole todo aspecto de cuarto de pensión ultramoderna.

Una iluminación esplendorosa idealizaba a la serpiente de las perlas, y yo no pude contener mi sorpresa y mi admiración:

—¿Pero no me decías que el humo del incienso te atufaba?—exclamé acomodándome sobre unos almohadones, junto a ella.

—Y que odio la afectación—dijo ella—. Lo



cual no impide que en realidad cultive el artificio. Por eso cuando vengo a Madrid me instalo en esta pensión, cuya dueña es muy amiga mía, y donde puedo hacer cuanto me plazca.—Luego, incorporándose en el diván y enlazándome dulcemente con sus brazos desnudos, añadió:—Vamos a comer en este cuarto que yo misma he preparado para nosotros, porque me fastidiaría hacerlo en el comedor. Aquí soy *más yo*, y puesto que tú has sido franco conmigo, prescindiré también de toda hipocresía.

—Esto quiere decir...

—Que soy igual que tú...—proclamó Gloria—, que me paso la Vida abominando del Pecado y que soy una esclava de él.

Llameaban sus ojos con tal intensidad, demostrando una exaltación tan verdadera, que yo no me atreví a protestar de aquella afirmación que me ofendía, y comprendiendo que después de mi actitud de la tarde pecaría de ridículo si me empeñase en exigir un respeto del cual yo mismo la había dispensado, juzgué discreto continuar en mi "pose" desmoralizante y la escuché sin contenerla.

—¡Si tú pudieras comprender las sensaciones que te debo!—dijo Gloria, mirándome lasciva y fascinante—. Porque yo me sé de memoria tus novelas. Las he leído todas, aunque otra cosa te escribiera, y de tanto leerte había llegado a amarte, porque tú eres el único novelista que me ofrecía personajes como yo, dominados por el veneno de la perversidad. Yo muchas veces temía que tú realmente fueras un puritano, un vulgar traficante que explotabas las curiosidades morbosas de cierta clase de público para obtener con tus libros un resultado positivo. Te imaginaba sinceramente como tú te describes y busqué tu simpatía halagando tu vanidad de muchacho honorable impaciente por pervertirte. Ahora... tengo la convicción de que me ahorrarás todo trabajo porque te juzgo el más adorable de los monstruos, un bonito demonio piruetista y burlón con el cual debo prescindir de todo truco y a quien pido sea conmigo completamente leal.

La doncella de la Pensión entró en la camareta anunciando que la comida estaba ya dispuesta, y mientras nos sentábamos a la mesa, Gloria Fortuny, locuaz y extravagante, continuó sus revelaciones:

—No te vayas a imaginar que tengo el mal gusto de serle fiel a mi querido. Mi amante, aunque es muy rico y generoso, es mi amante, y a los amantes hay que engañarlos *siempre*, para que sigan siendo amantes. Si por cada vez que le he sido infiel le saliera un cuerno, se enredaría en la Luna. Pero la culpa no es mía. ¿Sabes, nene? Yo soy una irresponsable. Soy una criatura toda sensualidad que vive en un estado de permanente excitación y que nunca ve saciado ni su sexo ni su cerebro. La literatura ha complicado mi vida;

los viajes la han estilizado, y mi temperamento ha obrado el resto. Hoy soy un infierno de voluptuosidad que se deshace en la quimera de una ilusión que yo misma no acertaría a precisar. Tengo hambre y sed de locuras con alguien que puede ser cualquiera menos mi amante.

—Tu querido debe ser ciego—expuse yo, atacando los entremeses.

—Mi querido está locamente enamorado de mí, y cuando sospecha que me gusta un hombre, me ayuda a conquistarlo. El comprende y perdona mi modo de ser, y lo único que aspira es a que yo no le abandone. Con tal de ser mi dueño oficial no le importa prestarme a otros. Es un hombre amoral y gana lo que quiere con el opio y la cocaína. Comercia con los paraísos artificiales tan hábilmente que jamás ha tenido un incidente con la Policía. Sostenerme le cuesta una fortuna, y esto me hace quererle, aunque confieso que si tuviera que guardarle fidelidad renunciaría a sus millones.

—Lo que me maravilla—interrumpí—es que esa vida que pintas no te haya marchitado.

—Y eso que no soy joven—dijo ella, acercando su rostro a los candelabros de plata para que yo apreciase la tersura de su rostro—. Tengo ya cuarenta años; pero me reconozco más bonita y más fresca que cuando tenía veinte. Me encuentro más pulida, más suavizada, más etérea, y diríase que el Pecado es quien ha realizado este

prodigio. Tal vez la cocaína..., que es mi delirio predilecto...

Luego, escanciando en mi vaso de plata el oro líquido de una botella de Diamante, continuó con un timbre de voz dulcísimo, que la hacía más lejana y más frágil:

—¿Verdad que la Vida sin el Pecado sería estúpida? El Vicio es lo único que la hace amena y soportable. Pero no el Vicio feo y triste, vulgar y mercenario, sino el Vicio decorativo y perfumado, elegante y fastuoso. El Pecado debe ser patrimonio de los ricos ociosos, de los inteligentes refinados, y debiera perseguirse a las gentes mediocres que lo desacreditan por practicarlo. No me mires con esos ojos de asombro. Tú sabes mejor que yo que el Vicio no es reprobable por él, sino por algunos de sus representantes.

—Oye...—interrumpí yo—. Me parece que te pones demasiado literaria...

—Quiero ponerme a tono con el novelista libertino.

—¡Si tú supieras que es más el ruido que las nueces!...

—Vamos, nene, ¡no seas cínico!—exclamó la Fortuny—. No me querrás hacer creer que esas reuniones, como la que tenías esta tarde en tu casa, son para rezar el Rosario.

—Ciertamente—expuse—; pero tampoco celebramos misas negras.

Modelada por su fantástico vestido, Gloria For-

tuny adquiría a la luz de los candelabros un aspecto de criatura de ensueño o de leyenda. Triunfadora del tiempo, ostentaba una juventud y una belleza melancólica de princesa de cuento de hadas, y yo, maravillado y orgulloso, la contemplaba, lamentando no poder eternizar aquel instante que me robaba a una existencia de trabajo y sacrificio. Presintiendo que me encontraba ante una criatura realmente interesante, genial en sus depravaciones, auténtica heroína de novela extraviada, yo me sentía insignificante y pueril.

Ante aquel pavoroso y sugestivo enigma que me aprestaba a estudiar y rendir, comprendía mi estupidez permaneciendo confinado en el deber, encastillado en la observancia de una virtud puesta en duda por todo el mundo. En aquel momento me avergonzaba de ser un muchacho digno e íntegro, de una ingenuidad en el Pecado que advierten inmediatamente los verdaderos pecadores. Aquella mujer extraña y cautivante, mundana y perspicaz, adivinaría en seguida que yo era un pobre hombre de una perversidad aparente, y al cual se juzga un abismo insondable, cuando no pasa de ser una modesta zanja.

Permanecimos largo tiempo observándonos en silencio con fijeza, mientras comíamos un pollo preparado a la catalana, y al fin ella preguntó con naturalidad, sirviéndome un platillo de ensalada:

—De los cinco chicos que había esta tarde en tu casa, ¿cuál es tu amigo?...

Y pronunció la palabra "amigo" en un tono que me hizo enrojecer.

—¿Mi amigo?—repetí, fingiendo no haber recogido la intención de la pregunta—. ¡Lo son todos!

—Has tenido buen gusto para formar tu harén—exclamó Gloria displicente—. Pero lo que yo quiero saber es cuál es tu... favorito... ¿Con quién te gastas el dinero?

Mi enrojecimiento la hizo comprender que había hecho una pregunta impertinente, y añadió para tranquilizarme:

—Te aseguro que el hecho de que tuvieras un favorito no te desprestigiaría ante mis ojos. El emperador Adriano tuvo a Antinoo...

—No estamos ya en los tiempos de Roma y de Bizancio—observé yo.

—Pues, chico, a juzgar por tu literatura, cualquiera pensaría que sí—observó Gloria.

En aquel instante la sirviente anunció que un joven preguntaba por mí, y al decir nosotros que entrase, pasó Rafael Delgado, quien, después de pedir perdón por aquella visita intempestiva, me reveló tranquilamente:

—Alvaro, me encuentro en un apuro. Figúrate que Pilar Nebra y Mercedes Fifí, que están trabajando en el Palace, me han comprometido para que las lleve esta noche al baile de la Zarzuela

después de la función, y no tengo una gorda. A mi tita no ha habido medio de sacarle una perra, y ya, desesperado, como sabía que comías aquí, he venido a pedirte que me dejes veinte duros.

—Te advierto que estoy muy mal de fondos—



afirmé yo—, y hasta lo menos dentro de ocho días no cobraré en Hispania.

Gloria Fortuny, que había recibido la visita del sevillano con una expresión de triunfo, exclamó, dirigiéndose a un mueblecito de laca, donde guardaba su bolsillo de oro y pedrería:

—Me vas a permitir que sea yo quien acuda en auxilio de tu amigo.

—¡Gloria, por Dios! ¡Si tengo yo dinero!

Pero antes de que yo pudiera haber sacado mi cartera, ella cogió un billete de su bolsillo de oro y se lo dió a Rafaelito, suplicando:

—Tome usted esto, se lo ruego... Pero no me lo agradezca a mí. Alvarito es quien se lo da a usted.

—¡Mujer, qué cosas tienes! — dije yo, ordenando con la mirada a Rafael que no aceptase el billete.

—Es que me ofendería si tu amigo rechazase este obsequio sin importancia.

—Bueno; ¿lo tomo, o qué hago?—preguntó Rafaelito, sin saber a qué atenerse.

—Tómalo — decreté —. Yo se lo devolveré a Gloria, aunque sea convertido en flores.

—Entonces, muchas gracias—dijo él—. Y me marcho, porque aun he de buscar a Manolo Rodríguez..

Cuando Rafael hubo salido, Gloria Fortuny, devolviéndose a su asiento, clavó en mí sus miradas de serpiente y murmuró con su voz tan musical:

—Me figuro que ahora no negarás que *éste* es tu favorito. Ha tenido hasta la desfachatez de venir a imterrumpirte una comida de amor porque necesitaba dinero. Te participo que me parece muy bien. Yo también tengo, en el fondo, algo

de "chula". Las personas que estamos acostumbradas a recibir el constante homenaje de numerosos admiradores necesitamos un "chulito" para nuestro regalo particular. Con éstos pagamos las canalladitas que hacemos a los otros.

—¡Si te oyera Rafaelito!

—Este chico es tu "chulo". Este es el que se lleva lo que otras personas te damos.

—Pero, Gloria, estás desbarrando.

—No te defiendas. Ten al menos el valor de tus actos. Sobre todo con una mujer que, como yo, te desea y te seguirá queriendo a pesar de este "chulito rubio" que se perece por las cupletistas del Palace. Lo único que me parece mal es que te hayas echado un "chulo" rubio, con los ojos azules. ¡Si al menos tuviese el pelo negro!

—¡Eres deliciosamente arbitraria! ¡Qué seria te pones para decir locuras!

—Te comunico que el muchacho es monísimo y muy simpático. Es el que más me gusta de todos los que estaban en tu casa. Y no me parecerá nada mal que lo traigas con nosotros siempre que quieras. Le obsequiaré y le mimaré como si fueras tú mismo. Yo soy una mujer superior. No me escandalizo por nada y sólo aspiro a amar lo que tú ames.

—Entonces acabarás pidiéndome que traiga a mi mujer.

—¡Oh, no! ¡Qué aburrimiento! Las personas decentes son insoportables; están llamadas a desaparecer. Además, a mí sólo me interesan tus "líos". Tus pasiones normales debes reservarlas para despistar a la burguesía honorable.

Habíamos concluído la comida, y Gloria Fortuny tendióse nuevamente en su diván para jugar con sus collares. Una excesiva libación había coloreado sus mejillas e incendiaba sus labios, transformándola en una chiquilla de veinte años. La ondulante serpiente humana me obligó a tenderme junto a ella y me invitó a saborear un cigarrillo egipcio a medias.

Gloria aspiraba el humo, y acercando su boca a la mía, me hacía donación de él con los ojos en éxtasis. Luego apuramos unas copas de licor por el mismo procedimiento, y aquel juego excitante acabó templándonos de un deseo que no tuvimos inconveniente en saciar.

Apagamos las luces de la estancia, dejando encendida únicamente una minúscula lamparita de porcelana japonesa, y cuando hasta aquella luz nos molestó, ella trajo su cajita de cocaína y nos quedamos dormidos, abrazados estrechamente, sin pensar en otra cosa que en eternizar aquella unión que ampararon las sombras.

V

Mis amores con Gloria Fortuny adquirieron un carácter morboso que no dejaba de encantarme. Aquella criatura, obsesionada por el demonio

del absurdo y la lujuria cerebral, tocada de una extravagancia elegante y pueril, generosa hasta



el despilfarro, locuaz, intrépida y curiosa de sensaciones nuevas, cruzaba por mi vida como un vendaval, produciendo destrozos para mí seductores.

Ella poseía el secreto de revestir cualquier momento de inquietud, y en el más leve detalle sorprendía una doble intención culpable que estremecía sus nervios. Era la víctima de una imaginación trastornada por lecturas perniciosas, un alma noble y cándida perturbada por el afán de vivir "en literatura" y que buscaba por todos los procedimientos la solución a su hambre de quimeras irrealizables. Enferma de magnificencia y de perversidad, soñaba a todas horas con raptarse a la vulgaridad cotidiana y edificaba mentalmente los palacios de erotismo y de suntuosidad que la vida le regateaba.

Exigencias del negocio de su amante retardaban el viaje a China de ambos, y ella aprovechaba aquel contratiempo para desenvolver en Madrid una vida alocada, cuyos temas principales éramos Rafaelito y yo. Persuadido de que mis productivas relaciones con ella hubieran terminado radicalmente en el momento en que ella descubriese que yo no compartía su manera de pensar, disfrazaba mis sentimientos y manteníame radiante en mi papel de novelista libertino y de hombre amoral.

A mí me entusiasmaba exhibirme públicamente con aquella mujer fantástica y arrastrar una existencia principesca sin gastar nunca un céntimo, y ayudado por Rafaelito, obtenía unos éxitos cuya terminación me iba a colmar más tarde de pesar.

Gloria no permitía que Rafael ni yo pagára-

mos las comilonas, los teatros y los paseos en automóvil, y además nos feriaba con presentes valiosos, que producían la estupefacción de los amigos de uno y de otro.

La tarde en que le dije a Rafaelito que la sirena de las perlas se mostraba con él tan dadivosa por suponer que entre nosotros existía una culpable intimidad, lejos de exteriorizar la indignación que yo esperaba, murmuró:

—¿De modo que esa tía me agasaja porque me cree tu "chulito". Pues déjala en su error. Aquí lo principal es que chupemos del bote. Después de todo, se va a marchar dentro de cuatro días a hacer guiños; así que tú verás. Lo mejor es aliarnos, porque "gachís" tan manirrotas ni tan locas no se encuentran todos los días.

—Ahora comprenderás por qué se ha acostado contigo y por qué te lleva a todas partes con nosotros.

—Nunca me lo hubiera figurado.

—No te quise decir nada por si te disgustaba.

—¿A mí? Yo no me disgusto sino cuando no tengo una peseta.

—¡Rafaelito, por Dios! ¡Ni que fueras una tanguista!

—Naturalmente, chico. Las cosas, como son. Si yo estuviera en tu lugar, esta "socia" se iba a China *apré*. La pobre está como para que la aten; pero como su locura es productiva, pues a explotarla y a otra cosa. ¿No la gustan los tríos?

¿No la divierten las sensaciones raras? Pues que las pague.

Yo escuchaba a Rafael Delgado sorprendido, porque nunca le hubiera imaginado capaz de expresarse en aquella forma. Le tenía por un estudiantillo precozmente desmoralizado y al cual una excesiva libertad, consecuencia de la viudez de su madre, residente en Sevilla, la pasión de una tía encargada de vigilar sus estudios en Madrid y la vehemencia propia de los diez y siete años, hacía simpatiquísimo e indispensable en mi corte de amor. Sabía perfectamente que era uno de los muchos gomosos de Madrid que cultivan mi amistad para tener gratis diversiones y comidas, relacionarse con mujeres fáciles y bonitas y que utilizan su influencia conmigo en beneficio propio. Yo no sé vivir solo; necesito media docena de amigos para que me ayuden a atender a la legión de buscadoras de emociones que vienen a mi casa atraídas por la leyenda de corrupción y de misterio que me nimba, y Rafaelito, como Pedro, como Edgar, como Roberto, como Aurelio o como Manolo, jóvenes, guapos, decididos, son el mejor ejército con que puedo hacer frente a las locas y a las perversas.

Pero Rafael Delgado se me mostraba más audaz que ninguno, y barruntando que la Venus de las Perlas era una mina de considerables rendimientos, se aprestaba a extraer de ella el mayor provecho posible.

Lo malo es que la alianza de Rafael y yo contra Gloria Fortuny originaba algunas veces ciertos gastos inverosímiles.

Cierto día en que Gloria nos expuso a Rafael y a mí su propósito de asistir durante los Carnavales a todos los bailes del Real, me confesó el "chulito" rubio de los ojos azules:

—Te advierto que no tengo smoking. Y no me atrevo a pedirle a mi tita que me lo compre porque sé que me va a decir que no. Así que yo no sé cómo nos vamos a arreglar.

—¿No tienes ningún amigo que te lo preste?

—Esos días, el que más y el que menos lo necesita para él. Aparte de que un smoking que no es de uno nunca sienta bien.

—¡Sí que es un contratiempo!

—Aquí, lo que debías hacer si fueras bueno, es comprármelo tú.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Te has vuelto loco?—exclamé, dirigiendo al sevillano unas miradas fulminantes.

—No te pongas así, Alvarito. Yo veré la manera de pagártelo más adelante.

La perspectiva de privarme durante los Carnavales de la compañía de Rafaelito, que tan maravillosamente se acoplaba conmigo y la Fortuny, me hizo pensar en la conveniencia de darle una tarjeta para que mi sastre le hiciera el traje por mi cuenta.

—Realmente — pensé—, trescientas pesetas no

van a ninguna parte. Y el chico es bueno, divertido y me profesa afecto.

Rafael me abrazó regocijado, agradecido a aquel obsequio que significaba para él la asistencia a tantas fiestas cotizables, y yo me dije mentalmente:

—La verdad es que este mono empieza a costarme el dinero como si verdaderamente fuera "mi chulito".

Cuando el sastre entregó el smoking, caímos en la cuenta de que le hacían falta a Rafael unas camisas de etiqueta, corbatas, botones para la pechera y gemelos, y para completar mi buena acción le llevé a casa de Freddy's, y en la tienda de la calle de Nicolás María Rivero le doté de todo aquello, más de unos calcetines de seda negros, transparentes, y hasta una carterita y un bastón.

Claro que para completar la indumentaria le tuve que llevar a casa de Ayalde, donde le compré unos zapatos de charol, que me costaron veinte duros, y además le regalé una bufanda de seda blanca, para que no le faltase ningún detalle.

A cada nuevo obsequio, Rafaelito deshacíase en zalemas y me abrazaba cordialmente, orgulloso de mi conducta tan desinteresada e increíble.

Las tardes que el exceso de trabajo me retenía en casa y no podía ir a ver a la Fortuny, Rafaelito me sustituía dignamente y la acompañaba a Molinero, a casa de Pele para adquirir perfumes y productos de tocador, a compras o a teatros,



hasta las nueve de la noche, en que invariablemente nos reuníamos los tres para comer en algún restaurante encopetado. No se me olvidaba preguntar al sevillano si llevaba dinero en previsión de cualquier gasto inesperado, y cuando el chico me contestaba negativamente, yo, para que no hiciese el ridículo, le entregaba unas pesetas, que el muchacho invertía en cigarrillos egipcios o en bombones para la Venus de las Perlas.

Luego, después de la comida, asistíamos los tres a algún teatro, y concluída la función íbamos a la Pensión Inglesa, donde Gloria nos preparaba un chocolate y unos vasos de leche con nata o chantilly, que espolvoreaba de canela, y permanecíamos charlando un rato hasta que nos retirábamos Delgado y yo, o nos quedábamos con ella a pasar la noche.

Poníamos en tortura nuestro ingenio para justificar en nuestros respectivos hogares aquellas ausencias, y si yo tenía que rendir con mi mujer formidables escaramuzas, Rafael con su tita veíase igualmente precisado a inventar fantasías delirantes.

El mayor placer de Gloria era desnudarnos a los dos y comparar sobre su lecho, bajo la luz apasionada de la lámpara, el tono de la carne de uno y de otro. Mi blancura azulada contrastaba con la blancura rosa de Rafael, y entre los dos aparecía más dorada la blancura de Gloria. Parecíamos tres estatuas de nieve, rosa y marfil, y la

Fortuny embelesábase recorriendo con besos nuestros cuerpos y obligándonos a besarla a un tiempo



cada uno en una mejilla. Nos repartíamos sus senos, y cada uno apoderábase de su botón de rosa para morderlo suavemente y provocar en ella

unas vibraciones que acababan en un acceso de erotismo. Entonces Gloria, enloquecida, nos enlazaba con sus brazos, y uniendo las tres cabezas, nos besaba alternativamente a Rafael y a mí, y nos saciaba equitativa de un placer aniquilador, porque estaba basado en procedimientos exquisitos y abominables. Era como una tigresa insaciable que se empeñara en adueñarse de sus víctimas por la intensidad del goce, y nosotros entregados a la inspiración suya la dejábamos hacer y acatábamos sus ideas, que siempre conducían a la conquista del máximo deleite.

Nos despertábamos rendidos, agotados por la cocaína y la sabiduría voluptuosa de aquella criatura, maestra en toda clase de recursos provocadores de placer y a la cual un desgaste físico exigía la práctica de inconcebibles extravíos para obtener sus éxitos carnales. Yo me iba a la oficina ojeroso y excitado por el recuerdo de las locuras de la víspera, y Rafael se iba a su casa con las huellas en el rostro de unos excesos deseados y temidos.

Algunas veces él y yo, hablando a solas, convenímos en la necesidad de interrumpir aquellos desenfrenos fomentados por Gloria; pero el temor a perder la protección de la sirena de las perlas, tan generosa y sugestiva, aun en sus depravaciones, ahuyentaba nuestros prejuicios y nuestros remordimientos. El miedo a perder la mina nos obligaba a ceder cobardemente y a pres-

tarnos a sus caprichos mórbidos, a sus monstruosidades deliciosas y proseguíamos con ella la terrible carrera hacia el abismo tenebroso de la sensualidad extraviada.

Aquellas orgías formidables exasperaban la rumbosidad de Gloria, que por la tarde nos llevaba a comprarnos juguetes, corbatas, joyas y cigarros que nosotros acaparábamos voraces para cuando llegara el momento de la escasez. Gloria me compró un día una sortija de platino con tres magníficos brillantes, y al recibir aquel regalo, que valía dos mil pesetas, pedí inmediatamente otra sortija igual para Rafael. Y ella, por complacerme, por ser grata también a "mi chulito", adquirió otra sortija para él, que seguía maravillado como si atravesara por un sueño alocado de *Las mil y una noches*.

Y ladinos, confabulados, Rafael y yo explotábamos la demencia sensual de la serpiente de las pieles, la sirena enigmática, eternamente bella y joven, cuyos grandes pecados eclipsábanse ante la virtud de su generosidad.

V

Naturalmente, aquella extraña aventura no podía prolongarse por tiempo indefinido, y llegó un momento en que Gloria Fortuny nos anunció su marcha a Barcelona, donde había de reunirse con



su amante para pasar a Francia y embarcarse en Marsella con rumbo a China.

La noticia nos desoló porque cortaba brutalmente una existencia ambigua, prócer y alocada, a la cual nos habíamos habituado, y con la desaparición de la Fortuny tornaríamos a las aventuras improductivas, a las horas de amor vulgar sin provecho económico y a los días de bohemia elegante, llenos de un artificio con que nos engañamos a nosotros mismos.

La tarde de la marcha de la Venus de las perlas la empleamos en visitar los Almacenes Rodríguez, de la Avenida del Conde de Peñalver, adquiriendo chucherías que pagó ella jubilosa. Como dos chiquillos acompañados por un hada espléndida, Rafael y yo recorríamos con Gloria los diversos departamentos del establecimiento comprando cuanto se nos antojaba, alentados por ella, que pretendía dejarnos un recuerdo imborrable de su munificencia.

Encargamos que nos llevaran a casa dos preciosos cortes de traje, unas carteritas de piel de Rusia, unas plumas estilográficas, corbatas, dos sombreros, unos pijamas, dos bastones lindísimos, unas sedas para camisas, guantes, papel de cartas, perfumes y otras menudencias que supusieron para Gloria un desembolso de dos mil y pico de pesetas.

Y a la salida de Rodríguez, como si aquellos obsequios no le parecieran suficientes, al pasar por

la calle de la Montera, esquina a Caballero de Gracia, nos introdujo en la joyería de Sanz, invitándonos a tomar una alhaja de nuestro agrado.

Rafael y yo nos miramos complacidos y avergonzados, sin atrevernos a indicar a Gloria lo que apetecíamos, y ella resolvió nuestra correcta incertidumbre ordenando al dependiente que sacara alfileres de corbata.

Desfilaron ante nosotros piedras bellísimas montadas con rara perfección y camafeos exquisitos orlados de brillantes; todas las variaciones de las gemas, construídas para adornar una corbata por el arte maravilloso de un orfebre originalísimo; pero Gloria, patentizando su exquisitez, eligió para nosotros un par de perlas blancas, con la montura de platino, que le costaron mil pesetas cada una.

—¡Y ahora, a casa!—exclamó ella al salir de la joyería—. Tengo que cerrar mi equipaje y cambiar con vosotros mis últimas caricias de amor.

Rebosantes de alegría, nosotros en el *taxi*, besábamos a Gloria sin preocuparnos del escándalo que producíamos en los transeuntes, y al subir a la Pensión satisfacimos en breves instantes aquel deseo que llegaba tan maduro.

—¡Juradme una cosa!—suplicó la Fortuny al reponerse de su embriaguez erótica.

—Tú dirás.

—Que durante algún tiempo—dijo ella—os seguiréis acordando de los ratos que hemos pasado

juntos y que me perdonáis las múltiples locuras a que os he conducido. Prométeme—prosiguió Gloria, tras una corta pausa, dirigiéndose a mí—que querrás siempre mucho a tu "chulito rubio" y que alguna noche le darás un beso muy fuerte pronunciando mi nombre.

—Oye, Gloria—exclamé acercándome a ella y envolviéndola en una mirada que era todo un poema de rubor y de melancolía—. Ahora, en el momento en que vamos a separarnos, es cuando voy a hacerte una confesión que quizá te defraude; pero que es necesaria para que yo descargue mi conciencia: mi "chulito" no es mi "chulito".

—¿Qué quieres decir con esto?—preguntó ella, irguiéndose sobre la alfombra como una serpiente hostigada.

—Que entre Rafael y yo no existen otra clase de relaciones que las puramente normales. Rafaelito es un amigo mío, como tantísimos que podría señalarte y de cuya intimidad no tengo por qué declararme culpable. Tú le has hecho grandes obsequios y concesiones máximas porque pensabas que usufructuabas al... "favorito" del novelista libertino, y yo quiero sacarte de tu error. Te he dejado en esa creencia porque eso te excitaba, porque te hacía feliz, y como comprabas tu dicha a muy buen precio no he querido malogrártela hasta hoy, en que la aclaración era precisa.

—Entonces, aquellas ternezas, aquellos besos...

—Todo era farsa, Gloria—aseguré—. Todo



una comedieta para exasperar tu sensibilidad. Una pantomima para divertir a una mujer histérica como tú, inflamada por el demonio de la sensualidad... Y que además lo pagaba muy bien...

—Entonces—murmuró ella—habéis sido unos



mixtificadores, habéis explotado mi buena fe. Me habéis estafado.

—Nada de eso—protesté—. Si desde el primer instante te hubiera prevenido leal de que yo era idéntico a como me presentaba en mis cartas, a como soy realmente, te habrías desencantado y no hubieras conocido las delicias de estos días inol-

vidables en que has llegado al Himalaya de la emoción y has saboreado plenamente a dos criaturas que deseabas. Hemos sido tus juguetes, nos hemos prestado dócilmente a tus caprichos y a tus morbosidades, te hemos procurado sensaciones inéditas, y esto, como es lógico, no podía hacerse desinteresadamente. ¡Cuántas personas se considerarían dichosas con alcanzar su dicha, aunque fuese comprándola más cara de lo que tú la has disfrutado! Nosotros nos entregamos a tu inspiración: primero, porque nos cautivaste con tu belleza, con tu falsa juventud, con tu inteligencia; pero después nos esclavizó tu rumbosidad. Esos miles de pesetas que has dilapidado con nosotros en veinte días, bien merecían que descendiésemos de nuestra torre, que hiciésemos un alto en nuestra vida honorable para ser algo sirvergüenzas. Nos hemos sentido "cocottes" por unas semanas, y hemos conocido el malsano orgullo de ver cotizadas nuestras caricias. Esto quizá no sea moral; pero no me negarás que es pintoresco. Y, sobre todo, "muy novela de Retana". ¿No querías vivir unas horas de liviandad y de literatura con el novelista peor reputado de España? ¡Pues ya lo has conseguido!

—¡Me maravillas y me asustas!—afirmó Gloria—. Si no os quisiera todavía un poco a los dos, esta confesión hubiera bastado para que os despreciase. ¡Porque hay algo peor que *sentir* el vicio, y es *fingirlo* para explotarlo! El vicio es sa-



grado, y las gentes que lo practican, sin perjuicio para un tercero, son respetables, puesto que sólo se dañan a sí mismas, si es dañarse disponer libremente de lo que es nuestro; pero no tienen perdón quienes por lucro profanan esa religión, que debe estar reservada para cuantos la profesan sinceramente.

—Yo quisiera que comprendieses—supliqué yo.

—¡Ya comprendo!—suspiró Gloria—. Y por eso os perdono. Después de todo, prefiero una decepción después de veinte días de felicidad, a tener la decepción sin conocer los veinte días dichosos.

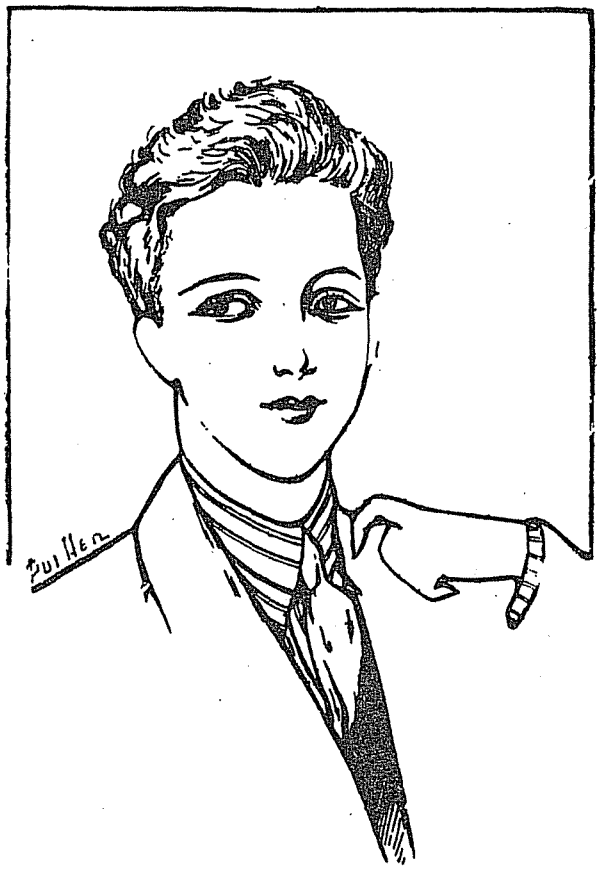
—¿No nos guardarás rencor?—preguntó Rafael, que había permanecido en silencio mientras Gloria y yo dialogábamos.

—¿Para qué? ¡Cuesta tan poco trabajo olvidar! ¡Olvidaré! Pero no los momentos venturosos en que mentisteis para agradarme, sino esta revelación hecha "para descargo de vuestra conciencia". Después de haberos despojado de los velos del pudor y los prejuicios para obtener un beneficio material, ahora los recuperáis dignamente y os envolvéis en ellos para que yo no os crea... indignos del todo. Habéis prostituído vuestro cuerpo y pretendéis hacerme creer que el espíritu ha permanecido intacto. ¡Bien! Acepto esa hipótesis. Es dura la lección y la recojo.

Insensiblemente Rafaelito y yo nos habíamos

acercado a Gloria y besábamos sus mejillas humedecidas por el llanto.

—Pero... ¿lloras?—exclamó Rafael.



—Lloro por lo que nunca acertaréis a comprender—suspiró ella—. ¡Lloro por la mentira de vuestro vicio, cien veces más reprobable que el vicio mismo! ¡Lloro por la ilusión que habéis matado!

Por el trabajo que va a costarme borrar en mi cerebro la huella de esta burla. Lloro porque, a pesar de todo, ¡os quiero todavía!

Había un desconsuelo tan desgarrador en aquellas palabras, que Rafaelito y yo, emocionados, comprendimos por vez primera la crueldad de nuestro engaño y la improcedencia de aquella estafa que habíamos cometido. En aquel momento nos arrepentimos de haber jugado tan cínicamente por amor al dinero con aquella pobre víctima de su sensualidad extraviada; pero el "algo" de canallitas que llevábamos los dos dentro nos hizo reponernos en seguida de aquel remordimiento pasajero. Y para serla gratos, para volverla a aquellas horas de angustiosa lujuria, con éter, cocaína y lascivias prohibidas, unimos las tres bocas en un beso magnífico, que hizo gemir a Gloria y estremecerse locamente en una vibración del alma y los sentidos.

VI

La partida de Gloria nos dejó a Rafael y a mí francamente desconcertados. Después de tantos días febriles, llenos de encanto inesperado, nuestra existencia recobraba su vulgaridad cotidiana y añorábamos sin quererlo, a todas horas, a la sirena de las perlas. Ahora sufríamos el veneno del erotismo extravagante y literario, la obsesión de

los paraísos artificiales, y tras las múltiples locuras perpetradas por el monstruo fascinador, no podíamos avenirnos a transigir con las ingenuas libertinas, con las perversas sin complicaciones que pretendían ocupar la vacante de Gloria.

Y a este descontento espiritual uníase la contrariedad económica, advirtiendo que persistir en aquella vida de comidas en el Palace y el Ritz, excursiones en *auto* y adquisición de caprichos, exigían un desembolso que no nos encontrábamos en situación de realizar diariamente.

La amistad estrechada entre Rafael y yo, como una consecuencia de aquellos amoríos sostenidos con Gloria "al alimón", en lugar de enfriarse se afirmaba, pues tanto el uno como el otro hallábamos un consuelo inefable evocando a la extraña criatura que habíamos perdido. La nostalgia de aquella amante común, de aquella sembradora de inquietudes morbosas, de aquella cultivadora de artificiales paraísos, nos mantenía vivamente unidos y rechazando a las mismas mujeres que antes de conocer a Gloria nos parecían sugestivas; íbamos solos a teatros y paseos y charlábamos incansables paladeando—es la palabra—el recuerdo de aquellas horas abominables y exquisitas.

Gloria no había querido dejarnos cocaína; pero yo me había procurado unos frasquitos de éter, y aspirando su olor nos parecía que ELLA surgiría ante nosotros como por sortilegio.

En el fondo nos aburríamos algo solos porque

faltaba la sirena turbadora, cuya imaginación estaba editando constantemente perversidades y delirios amenos; pero cuando Rafael y yo permanecíamos un día sin vernos nos devoraba el mismo malestar y corríamos al teléfono para citarnos, impacientes por charlar de la mágica que nos había embrujado.

Claro que, como el chico carecía de dinero, era yo el encargado de sufragar cuantos gastos hacíamos, y él, sin percatarse de que ya no pagaba Gloria, seguía desenvolviendo un plan de vida cara y peligrosa que yo no me decidía a cortar por no ser calificado de tacaño.

Acostumbrado a ser constantemente objeto de mimos y atenciones, a ser solicitado por las mujeres más difíciles, a respirar un homenaje permanente a mi arte y a mi persona, encontraba extrañamente delicioso aquel dominio que Rafaelito había llegado a ejercer sobre mí, y experimentaba una rara voluptuosidad obedeciendo sus mandatos, colocándome dulcemente bajo aquel malsano influjo derivado de la casualidad. Yo, que poseo alma de emperador y de "cocotte", percatábame de que el tirano cedía su puesto a la "horizontal", y me recreaba con enfermiza delectación en mi papel de víctima. Unicamente las personas que han vivido y han gozado mucho, las que han saboreado todas las sensaciones que nos depara el éxito, pueden comprender esa rara perversidad que consiste en entregarnos voluntaria-

mente como esclavos a quienes sabemos que podrían serlo nuestros. El triunfo prolongado nos



fatiga, y sobreviene un instante psicológico en que, rendidos de mandar, queremos sólo obedecer y

cedemos gustosos el látigo con que flagelamos para que nos castiguen con él.

De esta suerte, yo, que siempre he mandado despótico e inflexible sobre mis amantes y mis amigos, que me he visto idolatrado hasta un límite inconcebible, sentíame en aquella ocasión a merced del "chulito" honorario que se había incautado de mi voluntad, y éste, recrecido por la gracia que a mí me producía verle en plan de "chulito" auténtico, disponía de mi existencia como si verdaderamente se tratase de un efectivo "chulo" de cortesana caprichosa.

—¡Tengo una combinación para esta noche que va a ser la "karaba"!—me dijo un día Rafaelito.

—Desde ahora te prevengo que no puedo aceptarla—contesté yo.

—¿Pues qué tienes que hacer?

—Hoy debuta Raquel en Maravillas, y Manolo Rodríguez, que ha comprado un palco, me ha invitado a ir con él.

—¡Que te crees tú eso!—exclamó Rafael—. Esta noche me he comprometido con Pilar Nardy y Mercedes Fifí para que cenemos tú y yo con ellas en Excelsior, y después... si tantas ganas tienes de ver a la Meller, tomas un palco y vamos los cuatro.

—Te digo que no puedo—insistí—. Me he comprometido con Manolo.

—¿Que te has comprometido? Pues lo siento por él—proclamó Rafaelito engallándose—. Por-



que esta noche, como entre yo en Maravillas y os vea juntos, subo y le tiro al patio de butacas.

—No sé con qué derecho.

—Tampoco lo sé yo. Pero lo cierto es que lo haré.

—Será si yo te lo permito.

—Es lo único que faltaba: que te pusieses flamenco. Procura no calentarme mucho, porque como te dé dos hostias se acaba el novelista más guapo del mundo.

—¡Tú qué vas a dar, desgraciado!

—Aquí no hay más desgraciado que tú.

—¿Yo, desgraciado?—repetí furioso—. ¡Estás hablando con Alvaro Retana!

—¡Valiente birria! ¡Pero si no tienes dos bofetadas! Pero, niño, ¿de qué te las das? Tú harás esta noche lo que yo tenga a bien disponer, y comunica por teléfono a ese iluso que contaba contigo para esta noche que se busque otra figura decorativa para lucirse, porque tú cenas esta noche con Mercedes, con Pilar y conmigo.

—¡Rafaelito, no me exasperes!

—Pero ven acá, tontín—murmuró el sevillano cambiando radicalmente de tono—. ¿Cómo podrías tú pasar la noche mejor que como yo propongo? ¿Vas a quedar mal con esas dos chicas tan guapas, que ahora están sin novio, y conmigo, por irte con ese pollo histérico? ¡Con lo que nos podemos divertir los cuatro! Incluso podemos irnos a la salida de Maravillas en *auto* a Torrejón. To-

tal, veinte minutos de viaje; y pasamos allí la noche. Mañana madrugamos, nos vamos de excursión al Soto, y luego, después de comernos un arroz, regresamos a Madrid a primera hora de la tarde. ¿No se te alegra el alma ante la perspectiva del programa?

Rafaelito pasaba casi sin transición de la amenaza al ruego, del insulto al elogio, y yo acababa siempre cediendo amablemente. Me divertía negarle una cosa por el placer de concedérsela, que excitase mi sensibilidad con sus exigencias, que satisficiera mi instinto de ídolo excesivamente mimado por la suerte, y lo más curioso es que aquel predominio del chico sobre mí era puramente espiritual, pues en ningún momento la casualidad tendió sobre nosotros su velo para cubrir ninguna infamia vergonzosa. Aquel "chulito" rubio, del pelito rizado, era exclusivamente cerebral; una "chulería" muy literaria, muy de novela decadente; pero jamás manchada por una grosería imperdonable. Y no porque yo me asuste de nada—afortunadamente estoy curado de espanto, o por lo menos convaleciente—, sino porque sería incapaz de mixtificar carnalmente una amistad del espíritu. El inconveniente de aquel capricho que yo tenía, como una consecuencia de mis relaciones con Gloria Fortuny, era que me resultaba muy costoso y no guardaban equilibrio los ingresos sentimentales con las pérdidas materiales.

Por eso, al reponerme de aquella ofuscación circunstancial, cuando me persuadí de que mi sensatez estaba en entredicho y me dispuse a licenciar a Rafaelito, sentí un vago asombro interior de que yo, tan cuerdo por temperamento, hubiese cometido tal sucesión de locuras. Había hecho "el canelo" y me había comportado, a pesar de mi seriedad y mi prestigio, como cualquier "chula" vulgar de estas que necesitan "marcha" y son famosas en la galantería encopetada.

Había descuidado a mi mujer, tan joven y bonita, tan digna y resignada, y lo que no había consentido a ningún amigo ni pariente se lo había tolerado complacido a aquel monigote de diez y siete años, que, merced a mi incomprensible benevolencia, había descubierto el secreto de una existencia muelle y comodona, amenizada con mujeres libertinas y sin faltarle nunca cinco duros en la cartera.

El caso era tan insólito que necesitaba una urgente rectificación, y yo me apresuré a reparar tan censurables yerros, sobre todo después de la conversación que mantuve con mis amigas Filomena y Cachita cierta tarde merendando en Molinero.

Ambas princesas del amor, famosas en la Corte por el lujoso tren en que las tienen sostenidas dos amantes extraordinariamente liberales, reprochábanse mutuamente el riesgo en que una y otra se encontraban por culpa de una mal entendida "chulería", erigiéndome como árbitro de las conductas respectivas.

—Desengáñate — exclamó Filo, dirigiéndose a



mí—. A ésta, Marianito le sale por un ojo de la cara, y como no le ate corto, ese niño la come todo lo que la ha dado el Duque.

—Parece mentira que hables de eso—respondió Cachita—cuando tú tienes un Enrique que ¡vaya usted con Dios! ¡Es un hacha sacándote el dinero!

—Sí; no voy a negarlo—afirmó Filomena—; pero si buenos billetes me cuesta, también me proporciona muy buenos ratos. Todo sería poco para él, porque me gusta y... nada más.

—¡Ah, ladrona!—exclamó Cachita—. ¿De modo que todo lo das por bien empleado porque te gusta? Pues igual me pasa a mí con Mariano. ¡Me tiene loca, y se acabó! ¿Es que no valen unas cochinas pesetas los ratos que paso al lado suyo?

—Pues, hijita, lo mismo pienso yo. No vale la pena de pasarme la vida pendiente siempre de un tío de dinero, soportando pelmazos para salir adelante decentemente y luego privarse de un chico que te gusta y que no tiene más defecto que estar sin cinco céntimos. Si él no los tiene, se los das, y ¡a otra cosa! Después de todo, la vida es así. Si hoy se va un "cabrito" de precio, ya saldrá mañana otro. Lo que no viene tan fácilmente es una persona que te guste y que te haga olvidar en una hora todo lo que rabias durante el día. Además—añadió, tras una corta pausa—, el tener un "chulito" no es ninguna deshonra.

—Y cuando nos prestan el servicio que a ti y a mí, menos.

—¡Cierto!—decreté para tranquilidad de las dos pecadoras—. Lo lamentable para vosotras sería gastaros el dinero a manos llenas sin prove-



cho ninguno. Sostener un "chulito" a todo meter, hipotecando vuestra posición, para no utilizarlo.

—Pues te advierto que se dan casos—aseguró Cachita—. Ahí tienes a Rosario, *la Felpudo,* que se está gastando el dinero con Antoñito, *el del Lu-*

nar, y la pobre se queja de que no se acuesta con ella ni a tiros.

—¡Ese sí que es un verdadero "chulito"!—exclamó Filomena—. ¿No te parece, Alvaro?

Yo asentí con la cabeza, y acordándome en un momento de errores cometidos y a tiempo subsanados, murmuré mentalmente, mientras mordía un bocadillo de jamón:

—¡Para "chulito", Rafaelito!

Pero, a pesar de mi cinismo, no me atreví a hacer en voz alta el comentario.

Alvaro Retana

Madrid, Abril, 1924.